

das á los cantantes.

El Pricipio del acto segundo nos privó de tan ameno cronista.

* * *

Al día siguiente visité á D. Facundo, y cuando esperaba encontrarle lleno de satisfacción, le ví triste y medio desesperado.

Eduardito, para grangearse su voluntad, había publicado en un periódico un *suelto* dando cuenta de la llegada del tío y encareciendo los importantes negocios provinciales y municipales que traía entre manos.

Desde las primeras horas de la mañana había empezado el reguero de gentes que entraban y salían en el hotel preguntando por el *cacique*.

Quise consolarle, demostrando la poca influencia que en la opinión pública ejerce una noticia, siquiera haya salido á luz en un periódico de tanta circulación como el de Eduardito; pero todos mis esfuerzos fueron inútiles; pocos momentos después de mi llegada se anunció una visita. Era un eclesiástico del pueblo de D. Facundo que estaba en Madrid gestionando una canongía.

¿Cómo disculparse de prestar apoyo á un ministro de la Iglesia?

La fama de avaro y de intrigante era un grano de anís en comparación del dictado de ateo que le amenazaba.

D. Facundo se puso á las órdenes del eclesiástico y marcharon al Congreso.

No habían andado mucho por los pasillos, cuando encontró á un antiguo amigo. Le expuso el caso del presbítero, y juntos los tres se dirigieron hacia el grupo donde charlaba el ministro de Gracia y Justicia, que acababa de hacer una *plancha* en contestación á las diabólicas interpelaciones del diputado por el pueblo de D. Facundo.

Horrible fué la escena que siguió á la fórmula de presentación. El ministro creía ver en D. Facundo el causante indirecto de su mal paso, y empezó á increparle agriamente por su deserción del partido en que al parecer se había colocado, protegiendo al diputado de oposición que triunfó en las Cortes anteriores.

Se formó córrilto como en las plazuelas, y entre los curiosos asomó lleno de ira el gobernador destituido, que, ardiendo en odio contra D. Facundo y deseoso de adular al ministro, soltó la sin hueso con descortés violencia.

D. Facundo salió del Congreso con los ojos húmedos y las orejas como guindillas.

Tomó un coche y se dirigió al telégrafo.

«Pepa; espérame tren correo; mundo insoportable, iremos vivir quinta.»

Al salir de la oficina no pudo contener una exclamación:

—¡Dios mío, un poco de vida privada para este pobre anciano!

El portero, que al oír estas palabras le tomó por un personaje abrumado por el peso de la propia importancia, abrió cortesmente la mampara, haciendo una profunda cortesía:

—«Pase V. E.»

JOTA ERRE.

JUGANT A FET

Entre 'ls tarongers jugavam;
entre florits tarongers.
Tanta olor de tarongina
feya una estada de cel.
¡Quín hermós siti,
per jugá á fét!

Ella 'm corría al darrera,
jo fugía de mal grat;
si m' agafas, no t' agafo...
jo no, m deixava agafar.
¡Lo joch s' ho porta
y hem de jugar!

Las flors estesas per terra,
eran per mi un grós embull;
péls peus d' ella amanyagadas,
treyan encar més perfum.
¡Quan m' encisava
olor tant pur!

M' aturo y ella s' atura.
Sonrient la miro; ella riu...
Tot d' un plegat me pregunta:
—¿M' estimas?—¡Molt! Fét.—¡Ja 't tinch!
—¡May més me deixes,
qu' es mon desitj!

CONRAT ROURE.

